

ACTO DE JUBILACIÓN

Marina Fuentes-Guerra
Profesora Jubilada
Universidad de Córdoba
Febrero/2015

Quiero agradecer, de razón y emoción, el acto que ayer (26/Febrero/2015) celebramos en la facultad festejando el día de la educación y despidiendo en él a las personas que nos jubilamos del centro, que no del acto educativo.

Las compañeras y compañeros encargados de su organización la hicieron con tanto cuidado y reconocimiento hacia Ángela de Luque, Paco Juan y yo misma que nos hicieron vivir el acto, tradicionalmente tan institucional, como un encuentro festivo, de amistad e incluso de humor y amor, palabras difíciles en estos entornos académicos.

Quiero también expresar como un gran acierto el cambio de la festividad de nuestro centro del tradicional San José de Calasanz a festejarlo el día de la COMUNIDAD EDUCATIVA.

Le debemos esta modificación a la insistencia de nuestro compañero Antonio Ruiz Navarro y me siento afortunada de que mi jubilación haya estado incluida por primera vez en un día que festeja la actividad a la que nos hemos estado dedicando tantos años y no sólo unida al santoral.

En el acto hubo tantas palabras bellas que sentí innecesario leer lo que llevaba escrito, pero hoy lo envío como una conversación más de las que pudimos realizar tomando el estependo arroz que prepararon en cafetería.

“Muchas gracias por el acto de hoy, por las palabras que hemos escuchado, por la posibilidad de encuentro que propicia...”

He tenido la suerte de vivir y desarrollar mi vida profesional en una universidad y en un tiempo en el que cada una de las acciones y/o actuaciones en las que nos embarcábamos no tenía un valor cuantificado y medible como ahora, en el que todas las acciones se miden según protocolos y desde fuera.

Eran otros tiempos....

El valor, y por tanto la medida, se daba desde dentro de los que formábamos la comunidad educativa; “la calidad” la daba la palabra, el encuentro, la presencia y los proyectos contruidos y realizados sobre el terreno. Y no medíamos si valía más o menos un encuentro con el profesorado de un centro escolar, atender dos horas a grupos de alumnado o publicar en determinadas revistas. Era la propia realidad, la propia comunidad educativa la que proporcionaba la medida de lo que valía o no, y de lo que había que modificar.

Hoy, tras vaciar el despacho, mis lugares de trabajo me deshago de miles de informes, diarios de investigación, cuestionarios, revistas, textos y grabaciones de clase, trabajos del alumnado, reflexiones, proyectos... e inmediatamente aparece el pensamiento “No he rentabilizado todo esto” y me doy cuenta de que este pensamiento parte de un criterio economicista, de mercado ¿Qué es la rentabilidad en educación? ¿Quién la mide? ¿Qué tengo yo y mi alumnado hoy de todas esas horas de trabajo, de estas lecturas y reflexiones compartidas en vivo y en directo?

Creo que puedo responderme que lo más importante de mi experiencia docente y lo que creo que ha dado sentido a los aprendizajes míos y de mi alumnado ha sido la **presencialidad**, la experiencia del encuentro, el diálogo y la interrogación en las clases en las que se permitía la voz titubeante del que aprende, el balbuceo del que busca, la tentativa... El entusiasmo del aprender que hemos compartido y que me ha obligado a leer y escuchar miles de reflexiones de ese pensamiento educativo que reconstruían, reconstruimos continuamente en las aulas... Esos tiempos de despacho, de tutorías, de consultas para lo nimio y lo súper difícil, pero siempre con la confianza de que iban a poder encontrarme.

Esa es mi rentabilidad, que quiero poner en valor y que me ha exigido mucho tiempo, tiempo educativo, abierto a la escucha a la revisión y consideración del otro y de la otra, espacios para la mirada, el intercambio o incluso la interpelación que hiciera surgir siempre una nueva pregunta, un interrogante. En mi alumnado y en mí misma. Creo que de otro modo no es posible el aprendizaje. Ganar conocimiento sin perder nunca las preguntas.

Si tuviera que resumir un consejo para nuestra tarea educativa, desde mi experiencia, sería no perder la voz, no perder **la voz personal en aulas y espacios laborales**, la voz personal que está hecha de emociones, de conocimientos, de corazón, de cuerpo, de presencia... Si entregamos o perdemos la voz, dando entrada en las aulas al lenguaje administrativo, políticamente correcto, impuesto y de excelencia, estamos impidiendo la posibilidad de que ellos y ellas, nuestro alumnado, consigan también una voz propia, un pensamiento propio, que hablen y piensen desde ellos.

Presencia del maestro, como decía María Zambrano, tanto en sus palabras como en sus silencios, pero desde una voz propia.

He disfrutado de mi trabajo, de su parte de convivencia, de su parte de soledad y estudio, de los tiempos de planificación y diseño. Algo menos de sus exigencias de imagen pública aunque también necesaria.

Creo que durante estos 36 años he sentido y vivido la gran responsabilidad que tenía y tiene nuestra tarea como formadoras de docentes, y he intentando en todo momento realizarla desde la interdependencia, desde el trabajo en equipo y la relación, porque esta comunidad educativa es como un tejido que se nutre y alimenta de los esfuerzos y la dedicación de cada una de las individualidades que la componen.

Estos días hace 9 meses que di la última clase y como los 9 meses son el tiempo de gestación, supongo que corresponde, por tiempo, ver nacer otras ocupaciones a las que quiero dedicar mi atención y disfrutar de ellas del mismo modo que lo hice de mi vida laboral.

Muchas gracias a todos y todas por vuestra compañía y apoyo durante estos años”

Marina Fuentes-Guerra Soldevilla.
26 de febrero 2015. DÍA DE LA COMUNIDAD EDUCATIVA